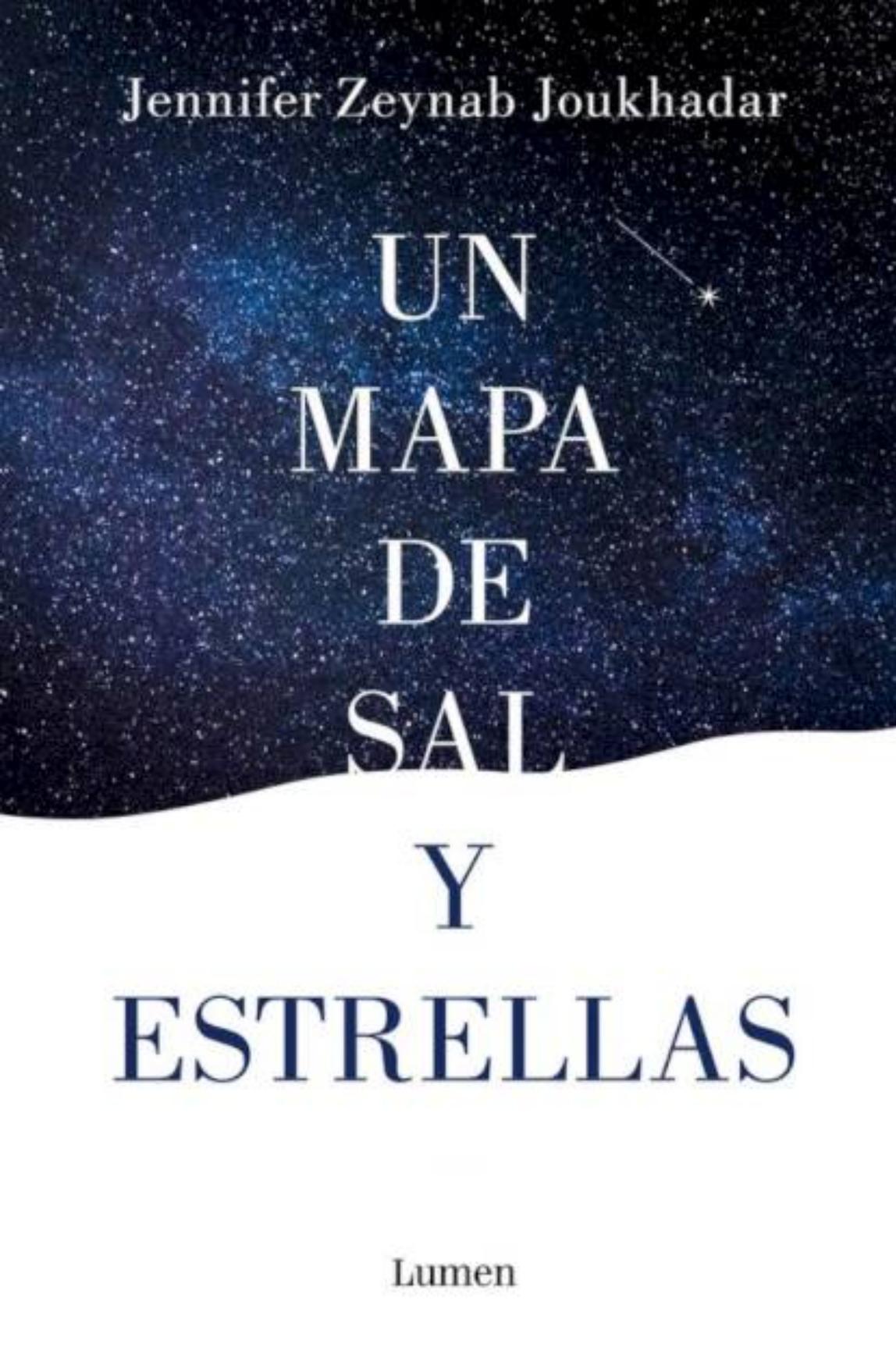


Jennifer Zeynab Joukhadar



UN
MAPA
DE
SAL
Y
ESTRELLAS

Lumen

Un mapa de sal y estrellas

Jennifer Zeynab Joukhadar

Traducción de
Noemí Sobregués

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para el pueblo sirio,
tanto en Siria como en la diáspora,
y para todos los refugiados*

PRIMERA PARTE

SIRIA

Oh,
 amor mío, te mueres
 con el co- razón roto. Las muje-
 res gimen en la calle. Lanzan arroz y lentejas. Pisotean
 sábanas. El *wadi* se llena de lágrimas. ¿En qué lengua me dijiste
 que todo lo que amamos era un sueño? Ya no sueño en ára-
 be... Ya no sueño en absoluto. Cuando cierro los ojos, veo los
 tuyos, amor mío: dos piedras blanquecinas en el río. Tus brazos,
 el mármol agrietado por el paso de los siglos. Las estrellas, tu manta,
 y las colinas, peldaños. Nos movíamos muy deprisa cuando soñábamos.
 Recoge el mar en tu ombligo y limpia mis lágrimas. Mis lágrimas y las tuyas
 se mezclan, amor mío. No quería dormirme, ahora no, pero debo hacerlo.
 ¿Por qué tememos la muerte cuando lo que deberíamos temer es derrum-
 barnos? Todo se viene abajo a nuestro alrededor..., tu susurro es verde,
 un relámpago se refleja en tus muñecas. Los planetas liberados se
 alejan girando. ¿Es aquí donde nació mi madre, en la cur-
 va de tu columna vertebral? Sangro; me brotan alas de
 la carne. Hasta el alba en que huya —¿nunca vol-
 veré, oh, amor mío?—, hasta esa mañana, ro-
 déame con tus blancas manos. Lléname la
 boca con la niebla de tu aliento, tu cora-
 zón es una pepita de granada. Oh, amor
 mío, estás conmigo hasta el final,
 hasta que el mar se separe, hasta
 que nuestros recuerdos rotos
 nos conviertan en un
 solo ser.

La tierra y la higuera

La isla de Manhattan tiene agujeros, y ahí es donde duerme mi padre. Cuando le di las buenas noches, el fardo blanco que lo contenía cayó pesadamente, el agujero que le habían cavado era muy profundo. También yo tenía un agujero, y a él fue a parar mi voz. Se introdujo en la tierra con mi padre, en la médula de la tierra, y ahora ha desaparecido. Mis palabras se hundieron como semillas, las vocales y el espacio rojo para las historias quedaron aplastados debajo de mi lengua.

Creo que mi madre también se quedó sin palabras, porque, en lugar de hablar, vertía lágrimas por toda la casa. Aquel invierno yo encontraba sal por todas partes: debajo de las espirales de los fogones eléctricos, entre los cordones de mis zapatillas y los sobres de las facturas, en la piel de las granadas del frutero con ribetes dorados. Llamaban por teléfono desde Siria, y mi madre, mientras intentaba desenrollar el cable, lo cubría de sal.

Antes de que mi padre muriera, apenas nos llamaban desde Siria. Nos mandaban emails. Pero mi madre dijo que en caso de emergencia tienes que oír la voz de las personas.

Parecía que la única voz que le había quedado a mi ma-

dre hablaba en árabe. Incluso cuando las vecinas trajeron cazuelas de comida y claveles blancos, mi madre se tragó las palabras. ¿Cómo es posible que para el dolor tengamos una única lengua?

Aquel invierno oí por primera vez la voz de color miel de Abú Sayid. Huda y yo estábamos sentadas fuera de la cocina y escuchábamos de vez en cuando. Huda aplastaba contra el marco de la puerta sus rizos castaños ceniza como ovillos de lana. A diferencia de mí, Huda no veía el color de su voz, pero las dos sabíamos que el que había llamado era Abú Sayid porque la voz de mi madre se recolocaba en su lugar, como si todas las palabras que había dicho en inglés fueran solo una sombra de sí mismas. Huda descubrió antes que yo que Abú Sayid y mi padre eran dos nudos de una misma cuerda, un hilo cuyo extremo mi madre temía perder.

Mi madre contó a Abú Sayid lo que mis hermanas llevaban semanas murmurando: las facturas de la luz sin abrir, los mapas que no vendía, el último puente que construyó mi padre antes de ponerse enfermo. Abú Sayid dijo que tenía conocidos en la Universidad de Homs y que podría ayudar a mi madre a vender sus mapas. Le preguntó: ¿qué mejor lugar para criar a tres hijas que la tierra que alberga a sus abuelos?

Cuando mi madre nos mostró los billetes de avión para Siria, la O de mi nombre, Nour, era una delgada mancha de sal. Mis hermanas mayores, Huda y Zahra, le dieron la lata con las manifestaciones en Daraa y con lo que habíamos visto en las noticias. Pero mi madre les dijo que no fueran tontas, que Daraa estaba a la misma distancia de Homs que

Baltimore de Manhattan. Y mi madre sabía de estas cosas, porque se gana la vida haciendo mapas. Mi madre estaba segura de que la situación se calmaría, de que las reformas que el Gobierno había prometido permitirían que Siria recuperara la esperanza y volviera a brillar. Y aunque yo no quería marcharme, me entusiasmaba la idea de conocer a Abú Sayid y de volver a ver a mi madre sonreír.

Solo había visto a Abú Sayid en las Polaroids de mi padre de los años setenta, antes de que se marchara de Siria. Abú Sayid tenía bigote y llevaba una camisa naranja, se reía con alguien que no salía en la foto, y mi padre siempre estaba detrás de él. Mi padre nunca decía que Abú Sayid era su hermano, pero yo sabía que lo era porque estaba en todas partes: comiendo el iftar las noches de Ramadán, jugando a las cartas con mi abuela y sonriendo mientras tomaban café. La familia de mi padre lo había acogido, y se había convertido en uno más de la familia.

Cuando llegó la primavera, los castaños de Indias se cubrieron de flores blancas que parecían gruesos granos de sal bajo nuestra ventana. Dejamos atrás el piso de Manhattan y las granadas con lágrimas incrustadas. Las ruedas del avión se alzaron como patas de pájaro, y yo observé por la ventanilla la estrecha franja de ciudad en la que había vivido durante doce años y el hueco verde de Central Park. Buscaba a mi padre. Pero la ciudad estaba tan lejos que ya no veía los agujeros.

Mi madre dijo una vez que la ciudad era un mapa de todas las personas que habían vivido y muerto en ella, y mi padre dijo que todo mapa era en realidad una historia. Así era mi padre. Le pagaban para que diseñara puentes, pero

sus historias las contaba gratis. Cuando mi madre dibujaba un mapa y una rosa de los vientos, mi padre señalaba invisibles monstruos marinos en los márgenes.

El invierno anterior a que lo enterraran, nunca olvidaba contarnos una historia antes de que nos fuéramos a dormir. Algunas eran cortas, como la de la higuera que crecía en su patio cuando era niño, en Siria, y otras eran epopeyas tan enrevesadas e increíbles que tenía que esperar noches y noches para escucharlas enteras. Mi padre alargó mi favorita, la historia de la aprendiz de cartógrafa, durante dos meses. Mi madre escuchaba desde la puerta y le traía un vaso de agua cuando se quedaba ronco. Cuando perdía la voz, yo contaba el final. Y entonces la historia era nuestra.

Mi madre solía contar historias de cómo mi padre daba sentido a las cosas. Decía que él tenía que desatar los nudos del mundo. Ahora, a nueve mil metros por encima de él, intento desatar el nudo que dejó en mí. Me dijo que algún día yo le contaría a él nuestra historia. Pero mis palabras son territorio desconocido, y no tengo un mapa.

Pego la cara a la ventanilla del avión. En la isla de abajo, los agujeros de Manhattan parecen de encaje. Busco el agujero en el que duerme mi padre e intento recordar cómo empieza la historia. Mis palabras atraviesan el cristal y caen a la tierra.

En Homs el mes de agosto es cálido y seco. Hace tres meses que llegamos a Siria, y mi madre ya no deja caer sus lágrimas sobre las granadas. Ya no las deja caer en ningún sitio.

Hoy, como cada día, busco la sal donde dejé caer mi voz..., en la tierra. Salgo y me dirijo a la higuera del jardín de mi madre, llena de higos, como me imaginaba la del patio de mi padre. Pego la nariz a las raíces e inhalo. Estoy boca abajo, con el calor de las piedras en las costillas, e introduzco la mano hasta los nudillos en la tierra rojiza. Quiero que la higuera le lleve una historia a mi padre, al otro lado del océano. Me inclino para susurrar y rozo las raíces con el labio superior. Siento el sabor a aire púrpura y a aceite.

Un pájaro amarillo picotea el suelo en busca de gusanos. Pero aquí hace ya mucho tiempo que el mar se secó, si alguna vez hubo mar. ¿Sigue mi padre donde lo dejamos, marrón, rígido y seco como la leña? Si yo volviera, ¿me saldrían los lagrimones que deberían haberme salido en su momento, o dentro de mí el mar se ha secado para siempre?

Froto el olor a agua de la corteza de la higuera. Le contaré a mi padre nuestra historia, y quizá encontraré el camino de regreso al lugar al que fue a parar mi voz, y mi padre y yo no estaremos tan solos. Le pido al árbol que acoja mi historia en sus raíces y la mande a las oscuras profundidades, donde duerme mi padre.

«Asegúrate de que le llega —le digo—. Nuestra favorita, la de Rawiya y al-Idrisi. La que mi padre me contaba todas las noches. La historia en la que cartografiaban el mundo.»

Pero la tierra y la higuera no se saben la historia como yo, así que vuelvo a contarla. Empiezo como siempre empezaba mi padre: «Todo el mundo sabe la historia de Rawiya —susurro—. Pero no saben que la saben». Y entonces las pa-

labras vuelven como si nunca se hubieran marchado, como si desde entonces no hubiera dejado de contar esa historia.

Oigo a Huda y a mi madre moviendo cuencos de madera y piezas de porcelana. Había olvidado totalmente la cena especial para Abú Sayid de esta noche. Quizá no me dé tiempo a acabar la historia antes de que mi madre me llame con su voz de bordes rojizos para que las ayude.

Pego la nariz a la tierra y le prometo a la higuera que encontraré la manera de acabar. «Esté donde esté —le digo—, dejaré mi historia en la tierra y en el agua. Así llegará a mi padre, y os llegará también a vosotras.»

Imagino las vibraciones de mi voz viajando miles de kilómetros, atravesando la corteza del planeta, entre las placas tectónicas de las que nos hablaban en las clases de ciencias el invierno pasado, hundiéndose en la oscuridad, donde todo duerme, donde el mundo es de todos los colores a la vez, donde nadie se muere.

Vuelvo a empezar.

Todo el mundo sabe la historia de Rawiya. Pero no saben que la saben.

Había una vez una niña llamada Rawiya, hija de una pobre viuda, cuya familia se moría de hambre poco a poco. El pueblo de Rawiya, Benzú, está junto al mar, en Ceuta, una ciudad de la España actual, un pequeño distrito en una península africana que se adentra en el estrecho de Gibraltar.

Rawiya soñaba con ver el mundo, pero su madre y ella apenas podían permitirse el cuscús, pese a que el hermano de Rawiya, Salim, llevaba dinero a casa de sus viajes por

mar. Rawiya intentaba conformarse con sus bordados y su tranquila vida con su madre, pero estaba inquieta. Le encantaba subir y bajar las colinas, cruzar el olivar a lomos de su querido caballo, Bauza, y soñar con aventuras. Quería salir de su pueblo en busca de fortuna, salvar a su madre de una vida comiendo gachas de harina de cebada en su casa de yeso, bajo el rostro pétreo del Yebel Musa, y observando la costa en busca del barco de su hijo.

A los dieciséis años, cuando por fin decidió marcharse, lo único que Rawiya podía llevarse era su honda. Su padre se la había hecho cuando era una niña que tiraba piedras a las libélulas, y no iba a dejarla atrás. La metió en su bolsa de piel y ensilló a Bauza junto a la higuera que había al lado de la casa de su madre.

Pero Rawiya temía decirle a su madre por cuánto tiempo iba a marcharse, porque pensaba que intentaría detenerla.

—Voy al mercado de Fez a vender mis bordados —le dijo.

La madre de Rawiya frunció el ceño y le pidió que le prometiera que tendría cuidado. Aquel día, el viento procedente del estrecho soplaba con tanta fuerza que agitaba el pañuelo de su madre y el dobladillo de su falda.

Rawiya se había cubierto la cabeza y el cuello con un pañuelo rojo para que no se notara que se había cortado pelo.

—No me quedaré más de lo necesario —le dijo a su madre.

No quería que su madre supiera que pensaba en la historia que tantas veces había oído, la historia del legendario cartógrafo que iba al mercado de Fez una vez al año.

El viento abría y cerraba el pañuelo de Rawiya como si fuera un pulmón. La golpeó el doloroso pensamiento de no saber por cuánto tiempo se marchaba.

La madre de Rawiya creyó que la tristeza de su hija eran nervios y sonrió. Sacó del bolsillo un misbaha de cuentas de madera y se lo colocó a Rawiya en las manos.

—Mi madre me dio este rosario cuando era una niña —le dijo—. Si Dios quiere, te reconfortará mientras estés lejos.

Rawiya abrazó muy fuerte a su madre y le dijo que la quería intentando retener su olor en la memoria. Luego subió a la silla de Bauza y le puso la embocadura.

La madre de Rawiya sonrió al mar. En una ocasión había ido a Fez, y no había olvidado el viaje.

—Todos los lugares a los que vas se convierten en parte de ti —le dijo a su hija.

—Pero ninguno más que tu casa.

Nunca había estado tan convencida de lo que decía. Y luego Rawiya de Benzú tiró del caballo y giró hacia el camino que se dirigía tierra adentro, más allá de las altas cumbres y las fértiles llanuras del montañoso Rif, donde vivían los bereberes, hacia la cordillera del Atlas y los repletos mercados de Fez, que la llamaban desde el sur.

La ruta comercial serpenteaba entre colinas de piedra caliza y verdes llanuras de cebada y de almendros. Durante diez días, Rawiya y Bauza avanzaron por el sinuoso camino, que los zapatos de los viajeros habían aplanado. Rawiya se recordaba a sí misma su plan: encontrar al legendario cartógrafo Abu Abd Allah Muhammad al-Idrisi. Pensaba hacerse pasar por el hijo de un comerciante, convertirse en su aprendiz y hacer fortuna. Le daría un nombre falso, Rami,

que significa «el que lanza la flecha». Un buen nombre, con fuerza, se dijo a sí misma.

Rawiya y Bauza cruzaron las verdes colinas que separaban la costa curva del Rif de la cordillera del Atlas. Subieron empinadas laderas cubiertas de bosques de cedros y alcornos en los que los monos agitaban las ramas. Bajaron atravesando valles tapizados de flores silvestres amarillas.

La cordillera del Atlas era la fortaleza de los almohades, una dinastía bereber que pretendía conquistar todo el Magreb, las tierras del norte de África, al oeste de Egipto. Aquí, en su territorio, cualquier sonido inquietaba a Rawiya, incluso los resoplidos de los jabalís y el eco de los cascotes de Bauza en los acantilados de piedra caliza. Por la noche oía los sonidos lejanos de instrumentos y cantos, y le costaba dormir. Pensaba en las historias que había oído de niña, cuentos de un pájaro amenazante tan grande que podía llevarse un elefante, leyendas de valles de la muerte llenos de serpientes gigantes de escamas de color esmeralda.

Al final, Rawiya y Bauza llegaron a una ciudad amurallada en un valle. Caravanas de mercaderes del Sáhara y de Marrakech se extendían por la hierba de la llanura salpicada de eucaliptos. El río Fez, como una cuerda verde, dividía en dos la ciudad. Los pliegues de las barbillas del Alto Atlas proyectaban largas sombras.

Dentro de las puertas de la ciudad, Bauza trotó entre casas de yeso en tonos rosa y azafrán, minaretes con la parte superior verde y ventanas doradas en forma de arco. A Rawiya le deslumbraron los techos de jade y los jacarandás en flor del tono púrpura de los rayos. En la medina, los comerciantes estaban sentados con las piernas cruzadas de-

trás de enormes cestas de especias y de granos. A Rawiya le llamó la atención la variedad de colores: el índigo escarchado de los higos maduros y el rojo oxidado del pimentón. Lámparas colgantes de metal forjado y cristal tintado lanzaban pequeños pétalos de luz que se adherían a los callejones oscuros. Los niños correteaban por las calles, que olían a piel curtida y a especias.

Rawiya guio a Bauza hacia el centro de la medina, donde esperaba encontrar al cartógrafo. El polvo de las calles teñía los cascos de Bauza. En aquel día cálido, la sombra de piedra tallada y mosaico de azulejos resultaba refrescante. Los gritos de los comerciantes y de los vendedores de especias la ensordecían. El aire estaba cargado de sudor y aceite, del almizcle de caballos, camellos y hombres, del picor de las granadas y del dulzor de los dátiles.

Rawiya buscó entre los comerciantes y los viajeros, e interrumpió a los que compraban especias, perfumes y sal para preguntar por un hombre que viajaba cargado con rollos de cuero y bocetos de papel de pergamino de los lugares en los que había estado, un hombre que había navegado por el Mediterráneo. Nadie sabía dónde encontrarlo.

Estaba a punto de darse por vencida cuando oyó una voz:

—Conozco a la persona que buscas.

Se volvió y vio a un hombre frente a un camello atado a un olivo. Estaba sentado en un pequeño patio fuera de la medina, con un turbante blanco alrededor de la cabeza y con los zapatos de cuero y la túnica cubiertos de una pátina de polvo. Le indicó con un gesto que se acercara.

—¿Conoce usted al cartógrafo?